

SOBRE **PODER Y DESAPARICIÓN** Y **EL SECRETO Y LAS VOCES**: DOS APROXIMACIONES A LA PROBLEMÁTICA TAREA DE ABORDAR EL PASADO RECIENTE

Adriana Leticia D'Ottavio
Universidad de Buenos Aires (Argentina)
adriana_dottavio@yahoo.com.ar

Resumen

Lo ocurrido durante la última dictadura militar necesita –por imperativos éticos, políticos, legales, etc.– ser nombrado, pero la única forma en que esto puede hacerse es una que implica un olvido y una pérdida, porque el lenguaje no puede agotar la complejidad de lo existente, el pasado no puede aprehenderse en sus propios términos, el trauma personal no puede comunicarse completamente. Teniendo esto en cuenta, analizaremos dos textos que, concientes de sus limitaciones, asumieron la tarea de abordar ese pasado tan demandante como inasible: la tesis *Poder y desaparición*, de Pilar Calveiro, y la novela *El secreto y las voces*, de Carlos Gamerro. En este sentido, consideraremos cómo cada uno de ellos, con sus énfasis particulares, se mueve entre la urgencia y las dificultades –epistemológicas, éticas, políticas–, entre la implicación y el distanciamiento, tomando a su cargo la tarea de narrar ese pasado traumático sin caer en las tentaciones de la identificación y de la creencia en la posibilidad de lograr su relato absoluto.

Palabras clave: historia, memoria, testimonio, responsabilidad colectiva, ciencias sociales y literatura.

“Lo importante de la historia y lo importante de la palabra no necesitan para nada grandes iniciales ontológicas, ‘absolutos’ o ‘verdades universales’: no es con la palabra ‘absoluto’ –ese fetiche discursivo– con lo que haremos justicia a la situación extrema de una historia como ésta”.

Georges Didi-Huberman, *Imágenes pese a todo*

Introducción

Si una de las características más sobresalientes de la modernidad fue la confianza en el progreso, la fuerte presencia de la idea de futuro en el pensamiento y en la acción –lo que podemos llamar “futuros presentes”–, a partir de la década de 1980 hubo un cambio de énfasis: si bien seguimos concibiendo el tiempo según la idea moderna de sucesión continua de instantes homogéneos y vacíos que se organizan de manera lineal en “pasado, presente y futuro”, en estos años, junto a la sanción del fin de la historia (así como del fin del sujeto, de los metarrelatos, del arte, etc.), se dio un giro hacia el pasado. La época actual se caracteriza, así, por la preponderancia de lo que Huysen llama “pretéritos presentes”. Estamos ante un “boom de la memoria”, es decir, ante una “museificación” y mercantilización de la historia que parece tener como meta el recuerdo total, donde proliferan los discursos que pretenden dar cuenta del pasado (y sustentar en él las identidades individuales y colectivas) (1) tanto en el ámbito académico como en otros, como el del mercado, la política o el del arte, en sus múltiples interrelaciones (2).

Este contexto de época está marcado también –y en relación con lo anterior (3)– por la cesura histórica que supuso Auschwitz. Este episodio, que se convirtió en la cifra del siglo XX y del fracaso del ideal de la Ilustración, devino la metáfora universal del trauma histórico y el marco de análisis de los pasados recientes traumáticos locales. De este modo, adquirieron una creciente presencia en el ámbito público esos pasados recientes de guerras, dictaduras, genocidios y otras situaciones extremas que, como un trauma, siguen interpelando el presente, no sólo por la supervivencia de sus actores (con vivencias y recuerdos personales, que pueden brindar su testimonio en primera persona), sino también por la existencia de una memoria social viva sobre ese pasado (que tiene, así, una gran relevancia política y cívica). En este contexto signado por los “pasados presentes” traumáticos, en nuestro país la última dictadura militar, con su saldo de violencia y desapariciones, se convirtió en un tema central (4).

De esta manera, en consonancia con la restauración historicista descrita por Huysen y por el carácter de trauma de ese pasado que, como una herida abierta, sigue asediando al presente, el imperativo que siguió tanto al Holocausto como, en nuestro país, a la última dictadura militar, en contra de los “olvidos” impuestos por el Estado (en la forma de amnistías y reconciliaciones) y como forma de conjurar ese intento de producción de olvido que fueron los campos de exterminio, las desapariciones y las muertes sin sepultura, fue el “deber de recordar”. En Argentina, la forma en que más inmediatamente se comenzó a intentar saldar esta urgencia y esta necesidad de recordar el pasado reciente, tanto por cuestiones cívicas y políticas (el desarrollo de juicios que requerían testigos, la difusión del tema en el espacio público, etc.) como por la necesidad que muchos sobrevivientes sintieron de contar lo vivido, fue a través del testimonio en primera persona. Estos discursos adquirieron, por su importancia política y jurídica y por su posición moral, una autoridad que frecuentemente los privó de ser sometidos a un análisis crítico como cualquier otro

discurso (5). Asimismo, gran parte de lo que empezó a producirse en los primeros años después de 1983 (cuando primaron cuantitativamente, además, las intervenciones producidas por fuera del campo académico, como relatos testimoniales, investigaciones periodísticas, novelas históricas, etc.) (6), fueron “relatos accesibles, narrativamente atractivos y basados en modelos explicativos monocausales y teleológicos”, que intentaron brindar respuestas claras y unívocas que ofrecieran certezas sobre el pasado para “trazar ese ‘mapa’ moral y político que gran parte de la población reclama” (7).

Sin embargo, ante estas tentativas de dar un cierre a las cuentas pendientes con ese pasado, surgieron también otros discursos que cuestionaron estos intentos, mostrando que la tarea de narrar el pasado reciente es, a la vez que urgente, imposible de realizar plenamente: siempre se encuentra abierta y nunca acabada.

En primer lugar, porque los discursos sobre cualquier objeto son siempre diversos y cambiantes, redefinidos permanentemente por el contexto y nunca clausurados en su significación. Como señala Agamben, el sujeto, siempre exigido por la complejidad inapropiable de lo real, no puede sino reducirla continuamente en el lenguaje: “que exista la experiencia como límite trascendental del lenguaje excluye que el lenguaje pueda presentarse a sí mismo como totalidad y verdad” (8). Ya había advertido Nietzsche que “la vida es, pues, sólo posible en virtud de un aparato de falseamiento” (9). Es que todo discurso, aún los que pretenden dar cuenta de una experiencia personal, como los testimonios, constituye un empobrecimiento y un olvido con respecto a una realidad “múltiple e incontable” que exige al sujeto pero que no puede sino reducirse violentamente a algo “semejante, contable” en la conciencia, por el lenguaje (10). De este modo, aunque nuestras acciones y experiencias “son en el fondo, todas ellas, de un modo incomparable, personales, únicas, ilimitadamente individuales” (11), nuestra conciencia no puede dar cuenta más que de “un mundo de superficies y signos, un mundo que ha sido generalizado y vulgarizado; (...) a todo llegar a ser conciente va ligada una gran y profunda corrupción, falsificación, superficialización y generalización” (12).

Así, si ya hay una distancia insalvable entre la experiencia y la conciencia que se adquiere de ella, o si, para decirlo con Bajtin, la conciencia individual es siempre ya signica y, por tanto, ideológica, social, histórica, construida en interacción con los otros y, por lo tanto, refractaria de la realidad, hay aún otra distorsión que se da entre esta conciencia y su puesta en discurso, años después. El testimonio siempre está desfasado temporalmente con respecto a la percepción de lo que se experimentó y se narra. Éste “se inscribe en un régimen distinto al de la percepción, se inscribe en el régimen de la memoria” (13), siempre implica condiciones colectivas de producción y de recepción, se enmarca en “escenarios políticos de lucha acerca de las memorias y los sentidos del pasado, (...) en un devenir que implica cambios y elaboraciones en los sentidos que los actores específicos dan a esos pasados” (14). Los discursos que dan cuenta del pasado están elaborados y son recibidos en el presente, están sujetos a intereses presentes. Y, además, están habitados por todas las voces que reverberaron en ellos, por todos los usos y reacentuaciones que los atravesaron desde ese pasado que se narra hasta el presente de la enunciación.

Por otra parte, más allá de los problemas relativos al lenguaje en general, que nunca puede expresar totalmente la verdad, el objeto del que dan cuenta los discursos testimoniales sobre el pasado traumático presenta singularidades que cuestionan en particular esta pretensión.

En primer lugar, por ser un relato sobre el pasado: el objeto histórico se encuentra por definición ausente. La posición presente desde la cual se intenta la reconstrucción del pasado impide que se realice la utopía historicista de “entender el pasado desde su lógica”. El pasado no se narra sino porque se “hace presente” de alguna forma: no es una materia inerte sino que irrumpe en el presente, lo “asalta más allá de la voluntad y de la razón” (15). Sin embargo, ese hacerse presente del pasado no implica una continuidad entre ambos, sino al contrario, una radical diferencia que es luego organizada “mediante los procedimientos de la narración y, por ellos, de una ideología que ponga de manifiesto un *continuum* significativo e interpretable de tiempo” (16).

Pero además, la pretensión de alcanzar una narración absoluta del período se ve cuestionada por el hecho de que el mismo es un pasado traumático: los relatos testimoniales pretenden hacer accesible a los demás la experiencia personal de un dolor que sigue operando como una herida abierta, pero esto puede entenderse, en un sentido, como algo del orden de lo indecible. Como señalaba Nietzsche, “aquello que nos hace sufrir más honda y personalmente es para casi todos los demás incomprensible e inaccesible” (17).

De todas formas, si pretender narrar acabadamente el pasado reciente traumático implica una clausura aniquiladora (que acalla a esos “espectros del pasado que acosan a las sociedades modernas con fuerza hasta ahora desconocida” (18), haciendo aparecer al pasado como clausurado), lo mismo sucede al plantear la absoluta imposibilidad de esta narración. Adorno señalaba a propósito de lo ocurrido en Auschwitz: “Lo que los nazis hicieron a los judíos era indecible: los idiomas no tenían palabras para ello (...). Pero había que encontrar una expresión, si no se quería hacer a las víctimas, que son demasiadas para que sus nombres puedan ser recordados, objeto de la maldición del ‘no hay que acordarse de ellos’” (19). Del mismo modo, lo ocurrido durante la última dictadura militar en nuestro país necesita ser nombrado para no caer en la maldición del olvido. Y si bien la única forma en que esto puede hacerse es una que implica un olvido y una pérdida que hace, como continuaba Adorno, “en interés de la protesta, lo

indecible conmensurable” (20), surgieron discursos que, concientes de sus limitaciones, asumieron la tarea de abordar ese pasado tan demandante como inasible. Como condensa Didi-Huberman, este trabajo es “imposible pero necesario, así pues, posible pese a todo (es decir, con lagunas)” (21).

Poder y desaparición y El secreto y las voces

Dos de estas tentativas que, con sus particularidades, ensayaron dar cuenta de este pasado traumático son la tesis de Pilar Calveiro *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, y la novela *El secreto y las voces* de Carlos Gamerro. Ambos se aproximan al período de la última dictadura militar del país y abordan el tema de las desapariciones de personas y de cómo operaba el mecanismo social que las hacía posibles.

Pilar Calveiro fue prisionera desaparecida durante un año y medio, en 1977, en la Mansión Seré, la comisaría de Castelar, la ex casa de Massera y la ESMA. Sin embargo, su texto, publicado por primera vez en 1998, no es un relato testimonial en primera persona acerca de su experiencia en los “campos de concentración en Argentina” sino que, como parte de la tesis doctoral que presentó en México, pretende dar cuenta de la experiencia concentracionaria argentina interpretándola y analizándola desde el marco de las ciencias sociales: toma como referencia sus teorías y su forma de expresión. Somete su escrito, así, como señala Sarlo, a la crítica: “Calveiro está refiriéndose a hechos excepcionales; no reclama (...) que sean creídos sólo por la carga de sufrimiento humano que (le) produjeron, sino por el dispositivo intelectual que los incorpora a su texto” (22). No confía plenamente en el testimonio, ni siquiera el que se desprende de su experiencia personal, como forma de fijar una verdad sobre los campos, sino que plantea que hay siempre una pluralidad de discursos que se responden y se critican unos a otros, ninguno de los cuales puede captar la totalidad de lo acontecido. De todas formas, no desvaloriza el testimonio: recurre a los relatos en primera persona de secuestrados sobrevivientes, pero los hace dialogar y los contrapone a otros testimonios, además de someterlos a su interpretación teórica.

El texto de Carlos Gamerro *El secreto y las voces*, por su parte, es una novela aparecida en 2002, la tercera del autor, luego de *Las islas* (1998) y *El sueño del señor juez* (2000). Podría decirse que si el texto de Calveiro –por ser una tesis doctoral– se organiza en torno a una hipótesis, critica los testimonios desde una teoría y arriba a una conclusión –pretendiendo, así, cierta homogeneidad interna–; el de Gamerro se propone exhibir la variedad de discursos sobre la cuestión de los desaparecidos en la última dictadura militar, mostrarlos sin intentar una síntesis propia, sin encuadrarlos en un esquema previo para llegar a una conclusión. De este modo, si bien ambos textos tienen tensiones y heterogeneidades internas y ambos, también, cierto ordenamiento impuesto por el autor, los énfasis son distintos.

En este contrapunto entre un texto literario y uno de las ciencias sociales, entenderemos la literatura a la manera de Saer cuando señala que “no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la ‘verdad’, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción y un empobrecimiento” (23). Sin embargo, tendremos en cuenta que la literatura no constituye un campo independiente que existe por fuera del contexto de los problemas de las ciencias sociales de los que dimos cuenta, ni por fuera del ámbito del mercado, signado por el “boom de la memoria”, sino que está internamente tensionado por estos. La literatura, por un lado, representa los estados de la imaginación pública y las hipótesis teóricas y, por el otro, “produce presente y al mismo tiempo deja pensarlo” (24). Las ciencias sociales, por su parte, tampoco constituyen un campo independiente, aislado del mercado y del arte, sino que están también tensionadas por ambos: atravesadas por intereses, inciden en la esfera pública, implican estrategias retóricas y, entre otras cosas, se apoyan en la memoria de quienes dan su testimonio en primera persona.

Así, teniendo en cuenta que en ambos textos –en la tesis de Calveiro y en la novela de Gamerro– hay tanto ficcionalización como referencialidad, analizaremos la forma en que cada uno de ellos procura dar cuenta del pasado cercano, con los problemas que esto implica.

Entre la urgencia y las dificultades

Polifonía

Los relatos de Gamerro y de Calveiro procuran dar cuenta del período de la última dictadura militar argentina pero, como ya señalamos, sin pretender alcanzar una verdad absoluta sobre él: ambos textos son tan ilustrativos del período como de la forma en que éste permite aproximarse a él.

Un rasgo que caracteriza a ambos es la pluralidad de voces que se presentan en ellos. El libro de Calveiro sustenta cada una de sus descripciones con extensas citas de testimonios brindados por un conjunto heterogéneo de desaparecidos sobrevivientes. Siguiendo un criterio propio de las ciencias sociales, intenta utilizar una muestra representativa del universo de los desaparecidos,

teniendo en cuenta variables como el sexo del secuestrado, su procedencia, su religión, la fuerza que lo secuestró o el campo donde fue enviado, para ilustrar la experiencia de los desaparecidos en su diversidad y complejidad. “Cada testimonio es un universo completo”, señala la autora, “un hombre completo hablando de sí y de los otros. Sería suficiente tomar uno sólo de ellos para dar cuenta de los fenómenos a los que me quiero referir. Sin embargo [tomaré una selección de ellos] para mostrar la vivencia desde distintos sexos, sensibilidades, militancias, lugares geográficos y captores” (25).

De todas formas, Calveiro entiende que los que analiza son “casos verdaderamente excepcionales” (26) de personas que fueron secuestradas por las fuerzas armadas y sobrevivieron. Así, tiene en consideración que una parte del universo de los desaparecidos no cuenta con una voz testimonial que la represente porque consiste justamente en aquellos que, llevados hasta el final de la experiencia concentracionaria, no vivieron para relatarla.

Estos testimonios, sin embargo, no están simplemente desplegados por la autora para su exhibición, sino que a partir de ellos se realiza un análisis que procura dar cuenta de lo que tienen en común, de las generalidades de los campos de concentración argentinos y de la lógica en que se manifiesta su vínculo con la sociedad de la que eran parte. Expone las singularidades de los campos y de los detenidos para dar una idea lo más completa posible de las variantes que aceptaba o requería la lógica concentracionaria. Así, por ejemplo, elige testimonios de personas secuestradas por distintas fuerzas para concluir que éstas, “aunque tuvieran diferencias circunstanciales, coincidían en lo fundamental” (27). O enumera relatos de secuestrados que permanecieron en distintos campos para señalar: “Los testimonios de cualquier campo coinciden” (28).

Gamerro, por su parte, también despliega en su novela una pluralidad de discursos sobre lo ocurrido en el período de la última dictadura militar. El protagonista, intentando reconstruir la historia de la única desaparición del pueblo, habla con todos sus habitantes, sin conformarse con ninguna de las muchas y muy variadas versiones que escucha. A diferencia del caso de Calveiro, las voces de Gamerro no son testimoniales sino ficcionales. No pertenecen a personas reales sino que constituyen casos típicos elaborados por el autor. Así, se encuentra en la novela una mayor variedad de voces que la que se da en la tesis de Calveiro ya que hay discursos, como los de quienes defienden lo ocurrido en el período de la dictadura militar, quienes estuvieron involucrados directamente en la tortura y desaparición, o incluso quienes interpretan lo ocurrido desde categorías y puntos de vista que no compatibilizan con los de las ciencias sociales (en la novela, los casos del Dr. Alexander, Carmen Sayago o Ña Agripina, por ejemplo) que si bien existen y circulan en la sociedad, no se prestan fácilmente para la investigación sociológica: sea porque no se divulgan más que en conversaciones privadas, porque consisten en puntos de vista de quienes no testimonian porque sostienen que “es mejor no meterse” o que pretenden clausurar ese pasado traumático destruyendo (simbólica o materialmente) su fuerza sobre el presente, o porque constituyen casos de lo que no se puede experimentar y narrar en primera persona. “Para saber hay que imaginarse” (29) y, como señala Sarlo, “la ficción puede representar aquello sobre lo que no existe ningún testimonio en primera persona (...). Lo que no ha sido dicho” (30).

La pluralidad de las voces que aparecen tanto en el texto de Calveiro como en el de Gamerro complejiza la idea del testimonio como prueba. Una única voz no alcanza para dar cuenta de lo acontecido porque, al no ser ésta un reflejo inmediato de la realidad, sino una escritura situada, dotada de sintaxis y de ideología, hay tantos discursos como experiencias y éstos, a su vez, se van modificando a través del tiempo. De este modo, si bien no se puede alcanzar un relato absoluto sobre la experiencia concentracionaria, esta “vitalidad” del testimonio es saludable por la posibilidad que abre para una permanente reformulación que impide que el pasado sea archivado (31).

Este mismo planteo de la irreductible multiplicidad de voces, de la fragilidad de la verdad, siempre provisoria, necesariamente impura, que rodea lagunas que nunca alcanza a colmar plenamente, se opone al discurso del Proceso. Este discurso, como parte del proyecto de disciplinamiento social del período pretendía imponer valores y verdades absolutas, indiscutibles, autoevidentes, unívocas (32), que incluso se señalaban con mayúsculas en los documentos oficiales: tanto el “bien” –la “Patria”, la “Nación”, la “Jerarquía”, la “Verdad”– como el “mal” –la “Subversión”, el “Comunismo”– eran absolutizados por el discurso del Proceso y separados tajantemente en una dura compartimentación de la realidad.

Si bien este discurso no logró, ni siquiera en su época, su ambición de devenir total y único –dado que, como señala Bajtin, el antagonismo es fundante y permanente en los signos, por lo que nunca puede darse un completo monologismo– la propuesta de Calveiro y de Gamerro debe entenderse, además de epistemológicamente como una aproximación al problema del lenguaje, la memoria y la historia, también políticamente, como una opción declaradamente opuesta al proyecto dictatorial y a sus consecuencias que siguen operando hoy.

Ética y política

Ahora bien, estos problemas epistemológicos y metodológicos que imposibilitan decir una verdad “absoluta” sobre el período en cuestión se entrecruzan a su vez con problemas particulares del momento y el lugar donde se enuncian los discursos que se

aproximan él. Como señala Vera Carnovale, “Se erigen, entonces, los dilemas éticos y políticos más descarnados. ¿Qué lugar le daremos en nuestra escritura a ‘lo indecible’? Y no ya a aquello impronunciable por la imposibilidad simbólica del horror, sino particularmente a aquello que no se puede ni se quiere nombrar por las implicancias ético-políticas que conlleva; a aquello que no se puede ni se quiere escuchar; a aquello sobre lo que de hecho no se indaga” (33).

En el caso del pasado reciente traumático argentino en particular, ciertos debates quedaron marginados por la urgencia del debate legal que se dio en torno al Juicio a las Juntas que, a diferencia de lo que ocurrió en otros países, se comenzó a llevar a cabo en 1985, poco tiempo después del fin de la dictadura. Lo que se exigía en ese momento era juzgar y condenar a los culpables y, con esto, abrir una nueva etapa de democracia en el país. Así, algunos temas quedaron por fuera del debate (público y académico). Los principales, según señala Carnovale, fueron la violencia de izquierda, la subjetividad de los represores y la responsabilidad colectiva.

Discutir abiertamente la violencia de las organizaciones armadas revolucionarias de los años 1970 resulta incómodo y disruptivo ya que la acción de estas organizaciones muchas veces está revestida de valoraciones morales que impiden buscar un “espacio de libertad intelectual” que se defiende “incluso frente a las mejores intenciones” (34). Lo mismo ocurre con el tema de la subjetividad de los represores. Ambas perspectivas muy frecuentemente se consideran bajo el esquema de análisis “víctima-victimario”. Si bien esto tiene un grado de verdad, es simplificador y no permite comprender la complejidad de la situación que, por otra parte, esta visión hace aparecer como comprensible y cerrada en sí misma. Pero además, tampoco hace justicia a ese pasado que no puede definirse con dicotomías fijas, certeras, absolutas, como pretendía el Estado totalizante de la época.

En el mismo sentido, reflexionar sobre el tema de la responsabilidad colectiva implica el cuestionamiento de un “nosotros” que habitualmente prefiere mantenerse al margen, poco dispuesto a reconocerse como parte de lo acontecido. Pensar la última dictadura militar como un paréntesis en la historia argentina, pensar los campos de concentración como algo que se dio a espaldas de una sociedad que no habría tenido conocimiento de estos ni participado en su funcionamiento, es clausurar el pasado como si éste no interpelara a la totalidad de la sociedad argentina, incluso hasta el presente.

Los escritos de Calveiro y de Gamerro, entre otros (35), avanzan particularmente sobre estos temas.

Calveiro trata la cuestión de la violencia de izquierda tangencialmente en *Poder y desaparición*, pero especialmente en un libro que forma parte, junto con éste, de su tesis de doctorado: *Política y/o violencia*, al que no nos referiremos aquí. Señala que, por su militarización, verticalismo y violento acallamiento del disenso, “la guerrilla había comenzado a reproducir en su interior, por lo menos en parte, el poder autoritario que intentaba cuestionar” (36). Así, una vez más, Calveiro complejiza las divisiones tajantes y comprende con esto la violencia implicada en la compartimentación de la realidad.

El tema de la subjetividad de los represores es abordado de manera particular en la novela de Gamerro que, en su intento de recomponer la mayor cantidad posible de voces sobre lo acontecido, presenta los discursos de personajes ligados directamente a la tortura y desaparición de personas. Si bien la voz de quien estuvo a cargo de la desaparición, el comisario Neri, está significativamente ausente, aparece la de Carmen Sayago, su subordinado y quien llevó a cabo el secuestro y asesinato.

De todas formas, el tema en el que más se centran tanto la novela de Gamerro como la tesis de Calveiro es el de la responsabilidad civil. Ambos llaman la atención sobre el hecho de que las desapariciones no podían ser totalmente secretas. En *El secreto y las voces* esto tiene que ver particularmente con el hecho de que se trata de un pueblo chico, en el que todos se conocen. Si bien no se puede pensar en Malihuel estrictamente como una alegoría del país (37), ya que ésta tiene su propia dinámica y personajes de pueblo, alejado de la mirada de las grandes ciudades, tampoco en una gran ciudad se podía acusar un completo desconocimiento respecto a las desapariciones de personas. Como señala Calveiro en su tesis, los campos que estaban situados en plena ciudad, los autos sin placas de identificación que circulaban haciendo ostentación de armas, los secuestros que se realizaban en procedimientos espectaculares, muchas veces en la vía pública, los cadáveres que aparecían en las plazas y calles, las noticias que se publicaban en los diarios (donde, si bien no se mencionaban los campos, se hacían referencias a las desapariciones), las colas de familiares de desaparecidos que reclamaban en el Ministerio del Interior y, a partir de 1977, las manifestaciones de las Madres de Plaza de Mayo, hacían imposible que las desapariciones fueran desconocidas por la sociedad en su conjunto. De todas formas, ante este conocimiento, la mayoría callaba.

El análisis de Calveiro demuestra que la lógica concentracionaria requería que la idea de los campos circulara como un secreto a voces: “los campos de concentración, en tanto realidad negada-sabida, en tanto secreto a voces, son eficientes en la diseminación del terror. El auténtico secreto, el verdadero desconocimiento tendría un efecto de pasividad ingenua pero nunca la parálisis y el anonadamiento engendrados por el terror” (38). De este modo, si bien se mantenía el silencio en torno a los nombres, las razones específicas de los secuestros, lo que sucedía con los secuestrados, se hacía pública la existencia de ellos. Esto, si por un lado generaba miedo y parálisis, provocaba un repliegue hacia el ámbito de lo privado, un abandono de la política, un aumento de la preferencia por mantenerse al margen, por el otro daba lugar al surgimiento de mecanismos mediante los cuales las personas

pudieran, en medio del terror y la incertidumbre generalizada, encontrar seguridades. Así, muchas veces el desconocimiento implicado en la lógica del “secreto a voces” llevaba a pensar que los secuestrados habrían hecho algo para ser detenidos, lo cual permitía sentirse a salvo pero reforzaba, a su vez, la misma dinámica concentracionaria y desaparecedora.

La idea de la existencia de los campos de concentración circulaba, entonces, como “un secreto con publicidad incluida; mensajes contradictorios y ambivalentes. Secretos que se deben saber; lo que es preciso decir como si no se dijera, pero que todos conocen” (39). Las formas de este “decir como si no se dijera, pero que todos conocen” son exploradas en la polifonía de *El secreto y las voces*: entre la versión consoladora del “nadie sabía nada” y el homogeneizador “todos sabían”, la novela despliega la variedad de formas en que esto se presentaba en la sociedad. Como señala el autor en una entrevista, “las formas de negación, del no saber, del no querer saber eran, en su variedad, casi infinitas”.

Sin embargo, estas formas de negación no se evidencian en un silencio sino, por el contrario, se muestran en el discurso de los habitantes de Malihuel. El “secreto” no es un vacío en el discurso, un tema del que no se habla, un olvido o una elusión sino que, por el contrario, está rodeado y atravesado por “las voces”: “se puede callar en voz alta” (40). Fefe, el protagonista de la novela, que llega al pueblo para investigar sobre la única desaparición que había tenido lugar allí, la de Darío Ezcurra, se sorprende por la multitud de voces con las que se encuentra: “Tenía la esperanza de recibir amenazas, advertencias del tipo ‘debe abandonar el pueblo antes de la caída del sol’, de chocar con un muro de silencio, con miradas hostiles más no sea. Nada. Todos son tan atentos, tan amables, tan dispuestos a recibirme, a hablar sin reservas. Esperaba una conspiración de silencio, no una de locuacidad” (41). Así, en la novela, el mecanismo de silenciamiento, la forma por la cual aquello terrible pero que no podía ocultarse pudo llevarse a cabo, fue a través de su circulación como un secreto a voces: Neri, el policía del pueblo, quien debía encargarse de la muerte de Ezcurra, entrevistó a cada uno de los personajes influyentes de Malihuel pidiéndoles su aprobación. Como señala uno de los personajes de la novela: “el crimen perfecto es justamente aquél que se comete a la vista de todos: porque entonces no hay testigos, sólo cómplices” (42).

De esta manera, aunque se puede plantear que “todo el pueblo es responsable” (43) Gamarro siempre matiza. Algunas personas realmente no sabían lo que estaba ocurriendo, por ejemplo la madre de Darío. Entre los que sabían, algunos no hablaron porque estaban realmente de acuerdo con la muerte de Ezcurra, algunos por miedo, algunos por ingenuidad, otros porque no pudieron; entre los testimonios que recolecta Fefe, algunos son arrepentimientos sinceros, otros meras justificaciones. Ante esta diversidad, el autor no elabora un juicio que la sintetice, sino que sólo exhibe su complejidad. Así, al extender la responsabilidad más allá de los círculos militares y policiales para abarcar a muchos de los anónimos habitantes del pueblo, este pasado llega a interpelarnos a nosotros mismos. Como señala Calveiro, “al ver a los desaparecidos como parte de lo social cotidiano, no se esfuma la responsabilidad; simplemente se los ubica en un lugar que involucra y pregunta a toda la sociedad” (44).

Pensar, como lo hacen Calveiro y Gamarro, los temas olvidados en los debates sobre nuestro pasado traumático reciente, en especial el de la responsabilidad colectiva, constituye una tarea urgente para cuestionar nuestro propio presente. Podemos decir con Calveiro que “pensar la historia que transcurrió entre 1976 y 1980 como una aberración; pensar en los campos de concentración como una cruel casualidad más o menos excepcional, es negarse a mirar en ellos sabiendo que miramos a nuestra sociedad, la de entonces y la actual” (45).

Entre distanciamiento e implicación

La escritura de los dos textos que analizamos, en especial en tanto trabajan con el pasado reciente traumático de la última dictadura militar, se sostiene en una compleja tensión entre el distanciamiento y la implicación. Por su carácter de trauma, este pasado se encuentra íntimamente implicado en la constitución subjetiva de quien se acerca para estudiarlo. Su conocimiento, así, aunque se pretenda distanciado, supone momentos de emoción. Como señala Didi-Huberman, la relación entre estos dos polos requiere “un arte de equilibrista: enfrentar el peligroso espacio de la *implicación* en el que nos desplazamos con delicadeza, corriendo el riesgo, a cada paso, de caer (en la creencia, en la identificación); mantener el equilibrio utilizando el propio cuerpo como instrumento, ayudándose con la vara de la *explicación* (de la crítica, del análisis, de la comparación, del montaje)” (46).

Analizaremos cómo la experiencia de Calveiro se ve reflejada en su libro y cómo Gamarro trata este tema en el personaje de Fefe. Ambos se aproximan al pasado reciente mediante testimonios de terceras personas al tiempo que lo recuerdan como una experiencia personal.

Entre memoria e historia

Memoria e historia constituyen dos regímenes diferentes, pero que comparten su objeto: el pasado reciente. Éste es, por un lado, un objeto relevante en la sociedad, que la sigue interpelando, que se hace presente en el espacio público (en relatos, debates, vivencias, recuerdos) y que la estructura en gran medida, por su cercanía temporal y porque remite a ciclos abiertos en el pasado

que siguen operando en el presente. De este modo, este pasado es objeto de la memoria, tanto personal, por la supervivencia de sus actores, como colectiva, por la supervivencia de su relevancia política, cívica, ética. Por otro lado, en íntima relación con lo anterior, el pasado reciente es también objeto de la disciplina histórica, que se aproxima a él críticamente, desde una construida distancia y produce interpretaciones y análisis que no necesariamente serán compatibles con aquellos brindados por las miradas apegadas a la experiencia personal de la memoria.

Entre la historia y la memoria no podemos plantear una oposición binaria que oponga un saber objetivo y verdadero a uno fetichizado y acrítico, pero tampoco una continuidad indiferenciada que suponga que la historia es tan ficcional y mítica como la memoria (47). Podemos pensar con Ricoeur que “a la memoria le queda la ventaja del reconocimiento del pasado como habiendo sido, aunque ya no lo es; a la historia le corresponde el poder de ampliar la mirada en el espacio y el tiempo, la fuerza de la crítica en el orden del testimonio, explicación y comprensión, el dominio retórico del texto y, más que nada, el ejercicio de la equidad respecto de las reivindicaciones de los distintos bandos de memorias heridas y a veces ciegas a la desgracia de los demás” (48). Pero, más allá de este reparto de tareas, la memoria, que implica al sujeto en su relación con el objeto que trata, y la historia, que procura brindar una explicación distanciada de aquel objeto, mantienen entre sí relaciones complejas. Como señala Didi-Huberman, ellas “se contradicen, sin lugar a dudas, tal como la rectitud de la vara contradice la improbabilidad del aire. Sin embargo sólo depende de nosotros utilizarlos conjuntamente, haciendo de cada uno de ellos una manera de desplegar lo impensado del otro” (49).

En los dos casos que aquí abordamos, la memoria y la historia se encuentran entrelazadas de múltiples formas. Tanto Calveiro como el protagonista de la novela de Gamerro intentan reconstruir y analizar un objeto de conocimiento histórico, es decir, el mecanismo por el cual funcionaron las desapariciones en la última dictadura militar argentina –en general en el caso de la tesis y en particular la de Darío Ezcurra en el caso de la novela–. Sin embargo, el objeto que eligen no les es extraño: en ambos casos los investigadores han experimentado ese pasado del que intentan dar cuenta y se encuentran implicados en su constitución como sujetos por esa experiencia. Calveiro, como ya señalamos, estuvo detenida en diversos campos durante los años que estudia en su tesis. Sin embargo, esto no se evidencia en ella, excepto por una alusión en la que se pone como ejemplo de cómo los secuestrados eran llamados por números. Fefe, por su parte, también había presenciado la captura de Ezcurra, si bien logra recordar esto sólo más tarde, a partir de los relatos que recolecta sobre ese momento. Aquí Gamerro evidencia cómo el trabajo de crítica, análisis, comparación puede desplegar lo impensado de la memoria en un sentido concreto: esta aproximación que se procura reconstruir un suceso del pasado logra reconocer este pasado como el propio.

Por otra parte, la forma en que lo hacen se vale de testimonios de otras personas que, como ellos, recuerdan sus vivencias de aquella época. Calveiro reúne estos testimonios como fuentes que analiza, compara, critica, yuxtapone, como medios para alcanzar una comprensión lo más completa posible de la experiencia concentracionaria. El trabajo que realiza el protagonista de *El secreto y las voces* se asemeja al de Calveiro, si bien recurre a entrevistas personalizadas y charlas casuales con los habitantes del pueblo en lugar de utilizar datos producidos previamente, en otro contexto y con otro fin. De todas formas, en la novela no se plantea un análisis sintetizador sino que se exhiben los testimonios recolectados por su protagonista sin dar una última palabra al respecto.

De esta forma, la aproximación al pasado tanto de Calveiro como de Fefe se encuentra tensionada entre los mecanismos de la memoria –que los concierne– y las estructuras conceptuales de la historia –con la que intentan explicar–.

Entre la primera y la tercera persona

Entre lo concernido y lo distanciado aparece también la tensión en la escritura, entre la primera y la tercera persona. La primera persona del testimonio es muchas veces indispensable para reconstruir lo que fue borrado por la violencia desaparecedora del terrorismo de Estado que, en su afán de producir olvido, no dejó registros escritos, documentos u otro tipo de evidencias de lo ocurrido. En especial en el caso argentino, el Juicio a las Juntas y el debate legal que se originó consecuentemente en la esfera pública reclamaron relatos testimoniales que dieran cuenta de la experiencia concentracionaria en primera persona. Sin embargo, estos relatos se aproximan tanto al polo de la implicación que hacen que sea fácil caer en una identificación que olvide los hiatos que existen entre pasado y presente, entre realidad y conciencia, entre experiencia y relato. Además, como señala Sarlo, “el texto en primera persona ofrece un conocimiento que, de algún modo, tiene un carácter indiscutible, tanto por la inmediatez de la experiencia como por los principios morales que fueron violados” (50). Lo que reclama el discurso testimonial es ser creído y, por su impacto moral, impide así el análisis distanciado.

El relato en tercera persona, por el contrario, permite un distanciamiento crítico que procure explicar lo ocurrido, teniendo en cuenta la imposibilidad de su comprensión absoluta. Los relatos sobre el pasado reciente traumático en tercera persona “presuponen autores que no piensan que la experiencia entrega directamente una intelección de los elementos que la componen,

como si se tratara de una especie de dolorosa compensación del sufrimiento” (51). Calveiro y Gamarro, concientes de estos problemas, se mueven en sus escritos entre la primera y la tercera persona, de múltiples formas.

Calveiro, en lugar de relatar su experiencia personal como desaparecida sobreviviente, recurre a los testimonios de otras personas que pasaron por una experiencia similar a la suya. Incluso relata de forma impersonal situaciones que atravesó personalmente, como los intentos de fugas o suicidios. A lo largo de toda su tesis, los testimonios y las vivencias de los secuestrados son analizados en perspectiva, como parte de un mecanismo que abarcaba a la sociedad en su conjunto. Sin embargo, la primera persona no está completamente ausente en su tesis: no sólo la rodea (en tanto su experiencia biográfica está en su origen, pero también en tanto ésta se presenta precedida por un prólogo y una dedicatoria que dan cuenta de su historia personal), sino que también la atraviesan en el texto mismo (donde aparecen su nombre y su número de prisionera, en medio de una enumeración que refleja el método que sigue en toda la tesis: igualar su experiencia a la de los demás casos que analiza, sin negarla pero sin darle un valor central).

Gamarro, por su parte, también entrelaza la primera y la tercera persona en su historia: Fefe vuelve al pueblo donde pasaba los veranos en su infancia para investigar sobre su único desaparecido. Al hacerlo, interroga a sus habitantes, busca documentos y diarios de la época. Sin embargo, luego recuerda que él también había vivido en el pueblo en aquellos días. Aquí la primera y la tercera persona se encuentran en una tensión en la que cada una ilumina los aspectos oscuros de la otra: el relato de los demás le recuerda al protagonista lo que él también había vivido y luego olvidado.

Entre la mirada y la forma

La mirada que orienta un documento y la forma que éste adquiere son dos elementos que se requieren mutuamente pero que no necesariamente coinciden, sino que muchas veces se encuentran en tensión. Como advierte Didi-Huberman, “Una forma sin mirada es una forma ciega. Ciertamente, le hace falta la mirada, pero mirar no es solo ver, ni tampoco observar con mayor o menor ‘competencia’: una mirada supone la *implicación*, el ser-afectado que se reconoce, en esa misma implicación, como sujeto. E modo recíproco, una mirada sin forma y sin fórmula no es más que una mirada muda. Se precisa forma para que la mirada acceda al lenguaje y a la elaboración, única manera, para esa mirada, de ‘entregar una experiencia y una enseñanza’, es decir, una posibilidad de *explicación*, de conocimiento” (52).

Tanto en el texto de Calveiro como en el de Gamarro, mirada y forma se encuentran desfasadas, en permanente tensión. En los dos casos, la mirada es la de un sujeto muy afectado por el pasado traumático que narra. Sin embargo, la forma en que presentan su discurso, la elaboración y explicación que ensayan, se aleja de esa implicación afectiva para presentarse de una forma distanciada y crítica.

Calveiro, cuya mirada, concernida, es la de quien padeció en primera persona el mecanismo desaparecedor del que da cuenta, no narra lo ocurrido de forma testimonial sino que lo presenta con la forma de un trabajo de ciencias sociales, como parte de su tesis doctoral.

El protagonista de la novela de Gamarro, por su parte, también se encuentra implicado en la historia que narra. Sin embargo, Fefe sostiene al principio que está recolectando información para escribir una novela o filmar una película, es decir que su interés en el tema de la desaparición de Ezcurra parece surgir sólo de su curiosidad. Esto sitúa a los personajes con los que se encuentra –y también al lector– en la distancia emocional que comporta cualquier investigación sobre un crimen del pasado –o cualquier novela policial–. Sólo más tarde se revela que la historia concierne al protagonista muy personalmente, porque se trata de la desaparición de su padre y que la novela no es sólo un relato policial sino también la historia de la búsqueda de la identidad de un hijo de desaparecidos.

Este desfasaje y esta tensión, una vez más, señalan la distancia necesaria que impide dar cuenta plenamente de este pasado traumático que, a su vez, no deja de interpelarnos y de requerir su relato.

Palabras finales

Poder y desaparición, de Pilar Calveiro y, *El secreto y las voces*, de Carlos Gamarro constituyen dos aproximaciones interesantes al período de la última dictadura militar de nuestro país, ya que, con las particularidades asociadas al hecho de que uno se trata de una tesis de ciencias sociales –que pretende explicar la lógica social que operaba en el período sobre la base de datos producidos en una investigación que tomó como objeto de análisis casos reales– y el otro de un texto literario –que busca ilustrar la variedad de relatos en torno a las desapariciones construyendo para ello casos típicos–, ambos toman a su cargo la tarea de narrar ese pasado traumático sin caer en las tentaciones de la identificación y la creencia en la posibilidad de lograr su relato absoluto.

Si bien estos no son los únicos casos que intentan dar cuenta del período con conciencia de las problemáticas asociadas a dicha

tarea, éstas, “en contraposición a la proliferación y circulación de relatos puramente testimoniales, no han logrado erigirse aún como obras de referencia e impulsar la cristalización de relatos públicos de cierta centralidad en el espacio de la memoria social” (53), donde siguen prevaleciendo los discursos que plantean oposiciones binarias del tipo “víctimas-victimarios” que no favorecen las miradas autocríticas que se reconozcan en ese pasado traumático.

Así, si bien hay que decir, con Calveiro, que “siempre estamos en un punto diferente y los cambios que se han producido en los últimos quince años no son insignificantes” (54), al entender el período con categorías excluyentes se sigue reproduciendo la lógica compartimentadora, fijadora y disciplinadora del poder desaparecedor que oculta la complejidad de una realidad habitada por el conflicto, inasible e irreductible a las categorías del pensamiento y el lenguaje.

Un pensamiento que se aproxima a la época de la última dictadura militar buscando culpables y dejando incuestionada a la sociedad procura mantener el pasado archivado y clausurar su fuerza que, irresuelto, sigue asediando a un presente desajustado, de múltiples e inciertas formas.

Notas

- 1- Franco, Marina y Levín, Florencia, “El pasado cercano en clave historiográfica” en *Historia reciente*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
- 2- Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2007.
- 3- Por un lado, el florecimiento de los discursos sobre el pasado reciente convirtió al Holocausto en un tema central de los debates públicos, incluso fuera del ámbito académico. Por el otro, el Holocausto puso en cuestión el presupuesto del progreso y esto reforzó el “giro hacia el pasado” descripto. Cfr. Franco, Marina y Levín, Florencia, *op. cit.*
- 4- En especial a partir de mediados de la década de 1990. Cfr. Pittaluga, Roberto, “Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)” en *Historia reciente, op. cit.*
- 5- Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Siglo veintiuno editores, Buenos Aires, 2007.
- 6- Pittaluga, *op. cit.*
- 7- Franco y Levín, *op. cit.*, p. 50.
- 8- *Ibidem*, p. 53.
- 9- Nietzsche, Friedrich, “Génesis y crítica de conceptos y valoraciones” en *Fragmentos póstumos*, Norma, Bogotá, 1992, p. 79.
- 10- *Ibidem*.
- 11- Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, EDAF, Madrid, 2002, p. 359.
- 12- *Ibidem*.
- 13- Pittaluga, *op. cit.*, p. 147.
- 14- Jelin, Elizabeth, “La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado” en *Historia reciente, op. cit.*, p. 308.
- 15- Sarlo, *op. cit.*, p. 159.
- 16- *Ibidem*, p. 13. 17- Nietzsche, *La gaya ciencia, op. cit.*, p. 324.
- 18- Huyssen, *op. cit.*, pp. 26.27.
- 19- Adorno, Theodor, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Akal, Madrid, 2004, p. 262.
- 20- *Ibidem*.
- 21- Didi-Huberman, Georges, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Paidós, Barcelona, 2004, p. 66. 22- Sarlo, *op. cit.*, p. 115.
- 23- Saer, Juan José, “El concepto de ficción” en *El concepto de ficción*, Ariel, Buenos Aires, 1997, pp. 11-12.
- 24- Ludmer, Josefina, “Territorios del presente. En la isla urbana”, en revista *Pensamiento de los confines*, nro. 15, diciembre 2004.
- 25- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, 2006, p. 30.
- 26- Calveiro, *op. cit.*, p. 32.
- 27- *Ibidem*.
- 28- *Ibidem*, p. 48.
- 29- Didi-Huberman, *op. cit.*, p. 17.
- 30- Sarlo, *Tiempo pasado*, p. 164.
- 31- Cfr. Pittaluga, *op. cit.*, p. 147.
- 32- Sarlo, Beatriz, “Política, ideología y figuración literaria” en Balderston *et al*, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Alianza, Buenos Aires, 1987.
- 33- Carnovale, Vera, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina” en *Historia reciente, op. cit.*, p. 177.
- 34- Sarlo, *Tiempo pasado, op. cit.*, p. 24.
- 35- Otros autores que trataron algunos de estos temas en el marco de las ciencias sociales incluyen a Hugo Vezzetti, Hugo Quiroga, Marcos Novaro, Vicente Palermo, así como a Oscar del Barco y los demás participantes del debate abierto por su carta a la revista *La intemperie*. En la literatura, estos temas se han abordado en obras como *Villa* de Luis Guzmán o *Dos veces junio* de Martín Kohan.
- 36- Calveiro, *op. cit.*, p. 17.
- 37- Como sostiene el autor en una entrevista, en <http://www.centrocultural.coop/uploads/gamerrocs.pdf>
- 38- Calveiro, *op. cit.*, p. 147.
- 39- *Ibidem*, p. 79.

- 40- Gamerro, Carlos, *El secreto y las voces*, Norma, Buenos Aires, 2008, p. 223.
- 41- *Ibíd.*, p. 66.
- 42- *Ibíd.*, p. 222.
- 43- *Ibíd.*, p. 54.
- 44- Calveiro, *op. cit.*, p. 147.
- 45- *Ibíd.*, p. 159.
- 46- Didi-Huberman, Georges, "La emoción no dice 'yo'. Diez fragmentos sobre la libertad estética", en AAVV, *Alfredo Jaar. La política de las imágenes*, editorial Metales pesados, Santiago de Chile, 2008, p. 43.
- 47- Franco y Levín, *op. cit.*
- 48- Ricoeur, Paul, "Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado" en Anne Pérotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina* <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.pdp>, p. 27.
- 49- Didi-Huberman, *op. cit.*, p. 43.
- 50- Sarlo, *op. cit.*, p. 120.
- 51- *Ibíd.*, p. 95.
- 52- Didi-Huberman, *op. cit.*, pp. 41-42.
- 53- Carnovale, *op. cit.*, p. 178.
- 54- Calveiro, *op. cit.*, p. 169.

Bibliografía

- Adorno, Theodor, *Minima moralia. Reflexiones desde la vida dañada*, Madrid, Akal, 2004.
- Agamben, Giorgio, "Infancia e historia" en *Infancia e historia*, Madrid, Editora Nacional, 2002.
- Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2006.
- Carnovale, Vera, "Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina" en Franco, Marina y Levín, Florencia (comp.), *Historia reciente*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Didi-Huberman, Georges, *Imágenes pese a todo. Memoria visual del Holocausto*, Barcelona, Paidós, 2004.
- Didi-Huberman, Georges, "La emoción no dice 'yo'. Diez fragmentos sobre la libertad estética", en AAVV, *Alfredo Jaar. La política de las imágenes*, Santiago de Chile, editorial Metales pesados, 2008.
- Franco, Marina y Levín, Florencia, "El pasado cercano en clave historiográfica" en Franco, Marina y Levín, Florencia (comp.), *Historia reciente*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Gamerro, Carlos, *El secreto y las voces*, Buenos Aires, Norma, 2008.
- Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2007.
- Jelin, Elizabeth, "La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado" en Franco, Marina y Levín, Florencia (comp.), *Historia reciente*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Ludmer, Josefina, "Territorios del presente. En la isla urbana", en revista *Pensamiento de los confines*, nro. 15, diciembre 2004.
- Nietzsche, Friedrich, "Génesis y crítica de conceptos y valoraciones" en *Fragmentos póstumos*, Bogotá, Norma, 1992.
- Nietzsche, Friedrich, *La gaya ciencia*, Madrid, EDAF, 2002.
- Pittaluga, Roberto, "Miradas sobre el pasado reciente argentino. Las escrituras en torno a la militancia setentista (1983-2005)" en Franco, Marina y Levín, Florencia (comp.), *Historia reciente*, Buenos Aires, Paidós, 2007.
- Ricoeur, Paul, "Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado" en Anne Pérotin-Dumon (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, <http://etica.uahurtado.cl/historizarelpasadovivo/es_contenido.pdp>.
- Saer, Juan José, "El concepto de ficción" en *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Ariel, 1997.
- Sarlo, Beatriz, "Política, ideología y figuración literaria" en Balderston *et al.*, *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, Buenos Aires, Alianza, 1987.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2007.
- Voloshinov, Valentin, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Madrid, Alianza, 1992.

ADRIANA LETICIA D'OTTAVIO

Estudiante avanzada de la carrera de Sociología, que se encuentra cursando desde el año 2005 en la Universidad de Buenos Aires.

